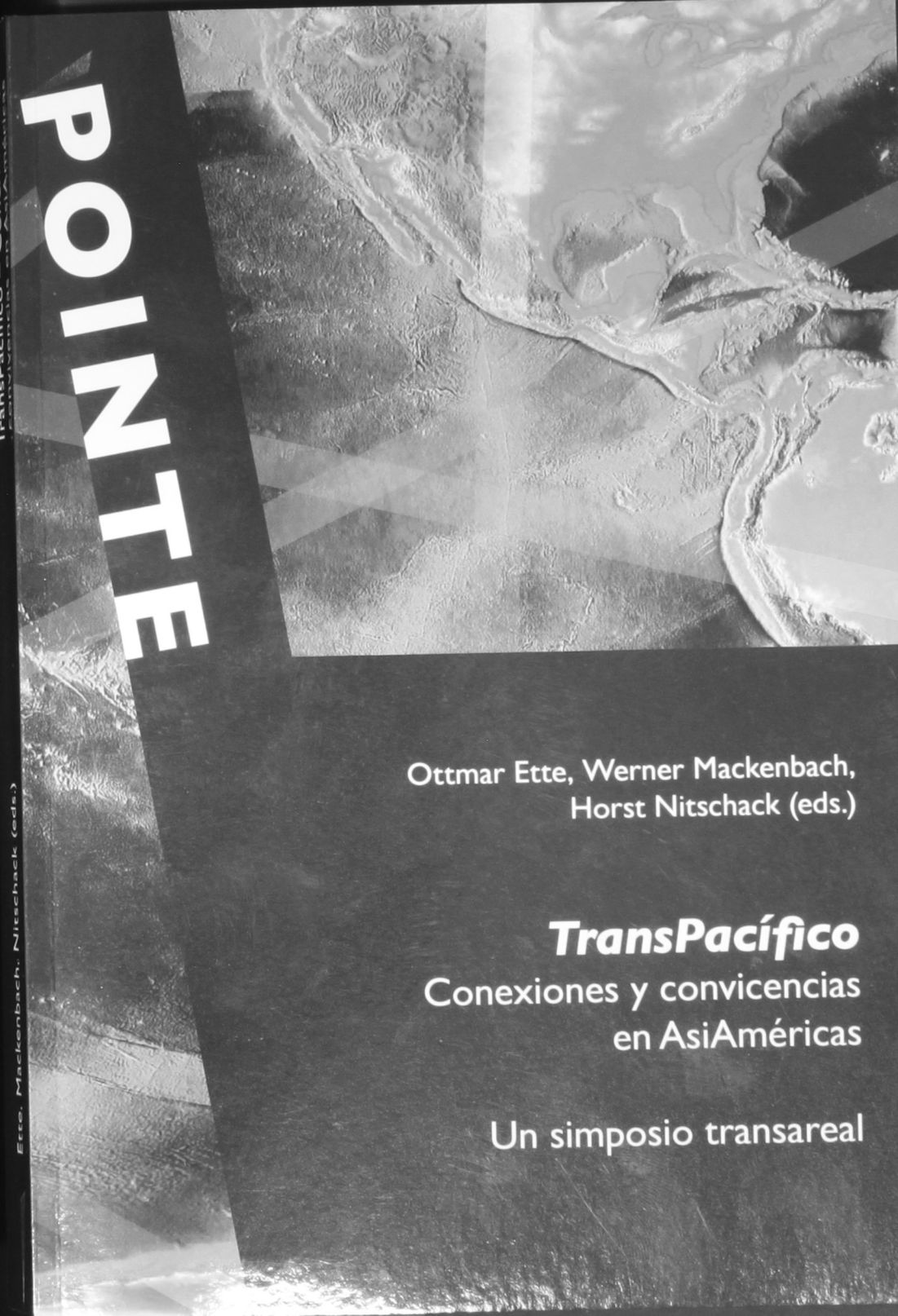




POINTE

Ottmar Ette, Werner Mackenbach,
Horst Nitschack (eds.)

TransPacífico
Conexiones y convicencias
en AsiAméricas

Un simposio transareal

Ottmar Ette,
Werner Mackenbach,
Horst Nitschack (eds.)

TransPacífico

Conexiones y convivencias
en AsiAméricas.
Un simposio transareal

Potsdamer inter- und transkulturelle Texte

POINTE

Herausgegeben von / Editados por
Ottmar Ette, Werner Mackenbach, Gesine Müller

„Potsdamer inter- und transkulturelle Texte“ (POINTE),
Band 4

Mit freundlicher Unterstützung von:



POINTS Potsdam
International Network
for TransArea Studies

Ottmar Ette, Werner Mackenbach,
Horst Nitschack (eds.)

TransPacífico

Conexiones y convivencias
en AsiAméricas.

Un simposio transareal

edition tranvía · Verlag Walter Frey
Berlin 2013

Bibliografische Information der Deutschen Bibliothek

Die Deutsche Bibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

Copyright:

edition tranvía – Verlag Walter Frey

Umschlaggestaltung: Tobias Kraft

Druck: Rosch-Buch, Scheßlitz

ISBN 978-3-938944-71-4

Berlin 2013

edition tranvía · Postfach 150455 · 10666 Berlin

E-mail: Tranvia@t-online.de · Internet: www.tranvia.de

Impreso en papel resistente al envejecimiento y libre de sustancia ácida.

Índice

Introducción	7
--------------	---

ESPACIOS Y MOVIMIENTOS TRANSOCEÁNICOS

<i>Werner Mackenbach (Potsdam / San José)</i> Entre gestos heroicos y travesías fatales. Entrecruzamientos literarios transoceánicos – a quinientos años de la pasada de Vasco Núñez de Balboa	11
---	----

RELACIONES Y MIRADAS TRANSPACÍFICAS

<i>Héctor Pérez Brignoli (San José)</i> Las relaciones transpacíficas en el contexto americano. Una perspectiva en la larga duración	37
--	----

<i>Marianne Braig y Barbara Göbel (Berlín)</i> Entrelazamientos transpacíficos desiguales: las relaciones económicas entre América Latina y China	53
---	----

<i>Horst Nitschack (Santiago de Chile)</i> Miradas sobre el Pacífico. José Vasconcelos: <i>La raza cósmica</i> y José Carlos Mariátegui: <i>Siete ensayos</i>	65
---	----

REPRESENTACIONES LITERARIAS TRANSPACÍFICAS

<i>Luis Pulido Ritter (Berlín)</i> Representación de los chinos en la literatura y la cultura en Panamá	79
---	----

<i>Cristian Montes Capó (Santiago de Chile)</i> Pablo Neruda y la Isla de Pascua: una experiencia inabarcable	103
--	-----

MIRADAS TRANSOCEÁNICAS DESDE EUROPA

Fernando Vela González (Madrid / Potsdam)

El espacio simbólico de *La vuelta al mundo en la Numancia* 113

Vicente Bernaschina Schürmann (Santiago de Chile / Potsdam)

De Catay a China, del Nuevo Mundo y del gobierno para *un mundo uno*: la *Historia del Gran Reino de la China* de Juan González de Mendoza 125

Gesine Müller (Potsdam)

Victor Hugo y Pierre Loti: los océanos como paradigmas culturales 159

CONTINENTES, OCÉANOS, ARCHIPIÉLAGOS

Bernal Herrera (San José)

Entre Atlántico y Pacífico: historias y espejos americanos 179

Juan José Marín Hernández / Ronny José Viales Hurtado (San José)

Entre dos océanos. La transición hacia el giro transareal en las ciencias sociales. Una visión desde Centroamérica 191

Ottmar Ette (Potsdam)

TransPacífico: continentes invisibles y archipiélagos de la visibilidad en las literaturas entre Asia y América 221

Acerca de las autoras y los autores 249

Introducción

Los cuatro puntos cardinales son tres: el sur y el norte.
Vicente Huidobro, Altazor o el viaje en paracaídas

Nuestro imaginario se mueve aún en el mapamundi como si fuera un área plana, a lo mejor un área curvada, como los panoramas en la segunda parte de siglo XIX, en los cuales se presentaron los paisajes más exóticos y los eventos históricos más sensacionales que pudieran animar nuestras fantasías. Nuestro “mundo-isla” y el “mundo-islas” continúan siendo llanos. Aún nos cuesta imaginar que el camino más corto de la costa pacífica de América del Sur a las Islas Polinesias no pasa por el océano abierto, sino por un continente que todavía no encontró un lugar en nuestro imaginario —a pesar de que sabemos que existe en una parte del mundo—. Este camino pasa por la Antártida, un continente más grande que Europa o Australia y que figura en el globo como espacio blanco. Verdad es que se trata de un camino que recién se nos ha abierto por los medios técnicos más avanzados: solamente los aviones a reacción pueden tomar este camino que ni por tierra y ni por mar es viable. Entrar en lo transareal y crear nuevos mapeos, obviamente tiene que ver también con los medios técnicos que siempre son una función del poder económico, financiero y de la decisión política. La historia del Canal de Panamá, las condiciones técnicas, políticas y financieras de su construcción son un ejemplo de eso.

Nuestro imaginario es una instancia altamente conservadora que suele cambiar solamente a la fuerza, por choques, sufrimientos o por un trabajo cultural a largo plazo. Está emparentado con los sueños que surgen de épocas de nuestra vida que parecen no tener relación con la actualidad de nuestras vivencias y experiencias. Con los sueños comparte también otra cualidad: imaginarios irreconciliables no se excluyen. El paraíso y el infierno, la abundancia (*Fülle*) y la trampa (*Falle*) coexisten en el mismo lugar y en el mismo tiempo, sin la necesidad de que la imposibilidad lógica de su coexistencia nos obligue a renunciar a una de las dos posibilidades.

Los imaginarios ayudan a orientarnos en los mundos de transformación acelerada haciendo surgir y evocando para su apoyo imágenes arcaicas: las armas láser más sofisticadas están manejadas como espadas medievales en *La guerra de las galaxias*. O, cada vez de nuevo, nuestra fascinación por los

héroes que cambian el mundo: Colón, Balboa, Magalhães, Drake, Bougainville, Darwin, para mencionar algunos nombres en los cuales se cristalizan o se condensan los actos históricos que en las narraciones crearon un mundo globalizado y con cuyos nombres se ocultan al mismo tiempo las fuerzas que los empujaron a sus proezas y los miles sin nombre que los acompañaron.

A pesar de sus dimensiones el Océano Pacífico, el “mar del sur”, el espacio más grande de este planeta que se abre en el poniente del continente americano, no se ha convertido en los últimos 500 años en una fuente de imaginarios para las narraciones y literaturas de América Latina. Existen varias “odiseas” que se produjeron en este espacio infinito, la isla de Robinson, la caza de la ballena blanca, el motín de la *Bounty*, pero aún no existe una “Odisea” como narración que convirtiera este espacio infinito en el occidente (el occidente geográfico) de las Américas, en un nuevo Mar Mediterráneo como lo hizo la *Odisea* para los griegos. Las narraciones que incorporaron este espacio en el mapamundi pasaron en la mayoría de los casos por Europa y tuvieron que atravesar el Atlántico para llegar a las Américas. A nuestro imaginario cuesta liberarse de la historia colonial eurocéntrica. Los flujos de hombres y de mercancías que desde la segunda parte del siglo XIX empezaron a cruzar este espacio infinito y que se entumecieron en las últimas dos décadas del siglo XX en flujos poderosos de mercancías, de capitales financieros y simbólicos, aún no se han transformado en narraciones e imaginarios nuevos. Los cientos de miles de *coolies* que construyeron las redes de ferrocarril a través de la Cordillera de los Andes y el Canal de Panamá a través del istmo centroamericano, los cientos de miles de japoneses que llegaron a Hispanoamérica y a Brasil, no contribuyeron a crear narraciones impactantes de sus países de proveniencia, narraciones en las cuales su historia y sus tradiciones culturales antiguas y valiosas para toda la humanidad estuvieran presentes.

Los cambios transareales provocados por la más reciente fase de globalización, consecuencia de la modernización técnica en el norte de Asia (principalmente Corea, China, Taiwán y Japón), que convirtieron estos países en proveedores de la tecnología más avanzada y en compradores de materia prima y de productos agrícolas que cruzan en cargueros portacontenedores o como carga aérea el Pacífico, están produciendo imaginarios de estos países que existen paralelamente y aparentemente sin contacto con otro imaginario de ellos que ha llegado por el oriente, vía Europa y que ha sido contaminado lo que Edward Said denunciaba como “orientalismo”.

Paradójicamente para América, especialmente América Latina, estos países se encuentran simultáneamente en el oriente —como cunas de las

antiguas culturas asiáticas (llegando a América por el Atlántico, vía Europa)– y en el occidente, en la otra orilla del Pacífico –como naciones con tecnologías de punta–. De hecho, el comercio que vincula las dos áreas es de nuevo un intercambio entre el hemisferio del norte y el del sur –ahora del lado del Pacífico, como antes del lado del Atlántico–. En el hemisferio sur Indonesia, Australia, Nueva Zelanda y Polinesia continúan quedando marginalizadas tanto en lo que concierne a las cifras económicas como en los imaginarios culturales. Eso vale inclusive para Chile que con las Islas de Pascua dispone de una puerta directa a la Polinesia. El *Canto General* de Pablo Neruda no se olvida de este puesto avanzado chileno en el Pacífico, que en el trabajo teórico tardío de Édouard Glissant jugará un papel importante. No obstante, los mundos del mar del sur continúan estando muy poco presentes en las narraciones y ficciones latinoamericanas. Una de las pocas excepciones recientes es *El paraíso en la otra esquina* de Mario Vargas Llosa, otro ejemplo en el cual este mundo del “mar del sur” entra por el oriente, vía París y la vida de Paul Gauguin.

Las naciones de América Latina –mucho más para el bien que para el mal– nunca buscaron apoderarse de estas lejanías. No jugaron ningún rol activo en el proyecto colonial del Reino Unido y de Francia (y de modo mucho más modesto de Alemania), al cual se juntan hacia finales del siglo XIX los Estados Unidos. A esta transarealidad colonial debería responder una nueva transarealidad creando imaginarios que de ambos lados rescaten y descubran lo que la historia colonial y las prácticas de una globalización neoliberal han velado y desfigurado.

Los ensayos reunidos en este libro se proponen contribuir a analizar y entender los espacios dinámicos y los movimientos en estos mundos transpacíficos desde una perspectiva transareal. En especial, se ocupan de las conexiones y convivencias transpacíficas en las AsiAméricas y sus representaciones simbólicas, incluyendo la presencia de las Asias en América Latina y de las Américas Latinas en Asia. Preguntan por el potencial de una América Latina como región de contacto y de cruces culturales en las nuevas constelaciones a partir de la cuarta fase acelerada de globalización. Se dedican a estudiar esta dimensión transpacífica –las conexiones e intersecciones transpacíficas entre los mundos y culturas asiáticos y América Latina hasta ahora escasamente analizadas¹ que ha estado presente desde

¹ Los trabajos reunidos en este volumen son el resultado del Simposio internacional “TransPacífico. Conexiones y convivencias en AsiAméricas”, el cual se llevó a cabo en febrero de 2012 en la Universidad de Potsdam. En el Simposio que se organizó en el marco de POINTS (Potsdam International Network for TransArea Studies) y en

el encuentro inicial entre el viejo continente y el nuevo mundo, desde la obsesión “india” de Cristóbal Colón y la travesía de Balboa del mar del norte al mar del sur en setiembre de 1513.

Los editores

Potsdam, San José y Santiago de Chile, marzo de 2013

cooperación entre la Universidad de Potsdam, la Universidad de Costa Rica y la Universidad de Chile participaron investigadoras e investigadores de universidades de Alemania, Costa Rica, Chile, España y Francia.

Ottmar Ette (Potsdam)

TransPacífico: continentes invisibles y archipiélagos de la visibilidad en las literaturas entre Asia y América

El año 2006, el premio Nobel de literatura Jean-Marie Gustave Le Clézio publicó *Raga. Approche du continent invisible* (Raga. Aproximación al continente invisible); un texto de viaje,¹ para el que eligió el espacio oceánico como su paisaje de la teoría,² proyectando con él la imagen móvil de un mundo-isla (*Insel-Welt*) y de un mundo de islas (*Inselwelt*), con la que caracterizará las relaciones transarchipiélicas entre las islas y los grupos de islas.³ Esta aproximación al “continente invisible”, compuesto exclusivamente por las islas y los mares que las unen, surge a partir de los múltiples vínculos que lo caracterizan y que provienen de temporalidades altamente complejas y diversas, y que no pueden comprenderse sino mediante diferentes lógicas. Estos vínculos serán proyectados, principal, aunque no únicamente, a partir de la isla Raga, también conocida como Pentecostés, ubicada en el archipiélago del joven estado insular del Pacífico Sur, Vanuatu.

La diversidad de la(s) historia(s) del espacio Pacífico Sur, es decir, oceánico, fundada no solo geográfica, sino también culturalmente, se destaca en este texto una y otra vez. Así se expresa, por ejemplo, en el capítulo “L’art de la résistance” (El arte de la resistencia):

¿Existe hoy una conciencia “pacífica” (así como se puede hablar de una conciencia “latinoamericana” o “africana”)? La extrema fragmentación de este inmenso espacio marítimo y la lucha común en contra de los poderes coloniales parecen haber atado lazos entre los pueblos.

Innumerables islas se encuentran hoy todavía bajo la tutela o incluso bajo un régimen colonial: el archipiélago tahitiano, las Islas Marquesas, las Islas de la

¹ Sobre las formas de escenificación del viaje en Le Clézio, ver Rey Mimoso-Ruiz; Van Acker; Cavallero.

² Sobre este concepto, ver capítulos 1 (tercera dimensión del relato de viajes), 2 y 11 en Ette, *Literatur*.

³ En muchas obras de Le Clézio, los paisajes costeros representan “utopías de otro mundo” (Rasson y Tritsmans 1).

Lealtad o Nueva Caledonia, también Hawái, Guam, Samoa. Otras han logrado, con mayor o menor éxito, alcanzar la independencia —y ahora conocen las dificultades de la autonomía, es decir, el desempleo, el subdesarrollo económico, la soberanía de los Estados industriales o el turismo sin contemplaciones. Pero las informaciones circulan. Surgen lazos entre las islas, entre los archipiélagos. Por supuesto, se trata sobre todo de intereses económicos, de oportunidades de mercado.

No obstante, se perfila a su vez otro tipo de relaciones, algo hecho de recuerdos, de sentimientos. Quizás es algo que resta de las antiguas vibraciones, algo del sonido de los tambores de hendidura que corrían de isla en isla, de las máscaras, los tatuajes, de los *ruerues* dibujados sobre la tierra o de la imprecisa y fluctuante voz de los mitos que antiguamente unían a estos pueblos, de un extremo al otro en este océano infinito. (Le Clézio 109-110)

El texto deja surgir islas y archipiélagos en un océano sin fin; islas y archipiélagos, que en sus diferencias históricas, culturales y lingüísticas demarcan un espacio móvil, un espacio de tránsitos (*Bewegungs-Raum*), dentro del cual es posible vincular todo con todo. Así surge *otro tipo* de continente: un continente hecho de islas, que escapan a toda continuidad, así como a toda continentalidad, en el sentido tradicional de la palabra. Aquí no se piensa un continente al modo de una isla, como sucedería con el continente australiano o americano, al referirlos como islas inmensas, sino de forma *poli-nésica*: una polirrelacionalidad simultáneamente hallada e inventada, la que en el nivel de lo cotidiano puede experimentarse y vivirse cada vez con más intensidad. En este triángulo de lo hallado, lo inventado y lo vivido o aún por vivir, surge una teoría, destilada del paisaje, dentro de la cual un continente puede y debe comprenderse como una polilógica transarchipiélica, que constantemente se relaciona consigo misma de manera renovada. Este nuevo tipo de continente es invisible y sin embargo real: se alza por sobre las aguas y está, aún así, ligado a ellas y a través de ellas.

El Jean-Marie Gustave Le Clézio real se refiere en su texto sobre *Raga* a un viaje no menos real, que emprendió como miembro del proyecto *Les peuples de l'eau* (Los pueblos del agua), iniciado por Édouard Glissant, el famoso poeta y teórico de la cultura martiniqueño, fallecido a inicios de 2011. En ese viaje, a bordo de la fragata *La Boudeuse* —guiño nominal que este barco toma del buque insignia de la expedición de Bougainville al Pacífico Sur—, el escritor aprovechó la oportunidad de conocer el mundo insular oceánico entre los continentes americano, asiático y australiano. Esta embarcación de tres mástiles, cuyo nombre remite directa y evidentemente a las grandes exploraciones del siglo XVIII en el espacio del Pacífico y así, a la segunda fase de la globalización acelerada, zarpó el año

2004 de Córcega con el objetivo de circunnavegar el planeta. A esta circunnavegación fueron invitados doce escritores y periodistas que participarían de los distintos tramos de la expedición.

Si ya al inicio de *Raga*, en una bahía frente a la isla, se hace visible la orgullosa silueta de la “extraordinaria *Boudeuse*, sobre la cual emprendí una parte de mi viaje” (Le Clézio 56), no es casualidad entonces que al final del libro se observe por última vez a la isla Raga “desde la ventana del bimotor Canadair de Vanair” a tres mil metros de altura (Le Clézio 122). El texto conecta aquí conscientemente los medios de transporte principales de la segunda y la cuarta fases de la globalización acelerada –la fragata y el avión– con el fin de visualizar de este modo tanto continuidades como discontinuidades. La figura del narrador, que no debe confundirse con Le Clézio, se sabe parte de estas continuidades y de estos quiebres, los cuales siempre vectorizados, dejan comprender los viejos movimientos en las nuevas dinámicas que se alimentan de ellos.

Tampoco es sorprendente que en *Raga*, la imagen de *La Boudeuse* se deduzca a su vez de otra imagen náutica: la de los *Blackbirders*; barcos a vapor que, sobre todo en las últimas décadas del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX, devastaban y despoblaban el mundo insular oceánico con su barbárica cacería humana en busca de mano de obra barata y, en último término, esclava.⁴ En estos tiempos de la tercera fase de la globalización acelerada, tiene lugar la época hasta ahora más oscura de estos despiadados saqueos, puestos en práctica primero grandiosamente por Inglaterra y Francia, y luego también por los Estados Unidos, Australia y (al menos transitoriamente) por el Imperio Alemán.

Sin ahondar por ahora en estas relaciones entre las cuatro fases de la globalización acelerada en *Raga* de Le Clézio, a las cuales regresaré más adelante y con mayor precisión, en este punto me parece más urgente llamar la atención sobre aquellos pasajes del texto del escritor francés que intentan traer a la conciencia de un público lector global, aunque sin duda también europeo y francés, la literal conquista del mundo de islas oceánico a través de antropólogos y científicos viajeros, así como de reporteros sensacionalistas, cineastas y narradores de historias de diversos colores. ¿No fueron acaso cineastas ávidos de sensacionalismos los que en 1962 convirtieron para los europeos todo este espacio en un “mundo perdido” de “caníbales”, “sobrevivientes de la era de piedra” aún impregnados por la magia y que nada sabían de la civilización? (Le Clézio 121). Aunque entre

⁴ Gilles Bounoure, en su reseña a *Raga*, manifiesta críticas hacia algunas fallas que comete Le Clézio en retrospectivas históricas como ésta (ver Bounoure 337).

los peores estaban también “aquellos escritos patrióticos de la época colonial, cuando las potencias combatían por la posesión de las islas y sus habitantes, como por ejemplo *Erromango* de Pierre Benoit, publicado en el periodo de entre guerras y en el que este autor destacaba ‘el destino francés de las Nuevas Hébridas’” (Le Clézio 121). ¿Y no fue —como lo dice la figura del narrador en *Raga*— “un periodista que siguiendo su ejemplo en los años sesenta describió a Nueva Caledonia como el portaviones más grande de la marina francesa” (Le Clézio 121)?

Sin duda, estos siniestros desarrollos para los habitantes de Oceanía, aunque también para otras zonas de los trópicos, habían sido visibles desde muy temprano. Ya a mediados del siglo XX, en un pequeño e impresionante libro, el antropólogo francés e investigador de mitos Claude Lévi-Strauss ponía de relieve cuán avanzada estaba la destrucción de los hace ya tiempo entristecidos trópicos, tanto como de otras zonas transtrópicas. No es gratuito que al inicio del pasaje que a continuación se cita, aparezca la referencia al portaviones, esa “maravilla” militar en la que las líneas de desarrollo del barco a vapor y del avión se unen. Una conjunción que permitió a las potencias mundiales, durante la segunda mitad del siglo XX, modernizar la estrategia insular de los poderes ibéricos de la primera fase de la globalización acelerada con la ayuda de este nuevo medio de transporte de la tercera fase, llevándola así a un nuevo nivel tecnológico, como será reconocido en el contexto militar durante la cuarta etapa de la globalización acelerada. En el capítulo “La Quête du Pouvoir” (La búsqueda del poder), ya a mediados de los años cincuenta, en un análisis brillante del mitólogo y lector de signos estructuralista, se lee lo siguiente:

Hoy, cuando las islas polinesias, sumidas en concreto, han sido transformadas en portaviones anclados sólidamente a los fundamentos del mar del sur, cuando toda Asia ha adquirido el semblante de una enfermería, cuando las poblaciones marginales corroen África, cuando la aviación comercial y militar desforma la inocente belleza de la selva americana o melanésica incluso antes de poder destruir su virginidad, ¿cómo podría hoy la evasión prefijada de los viajes alcanzar otra cosa que confrontarnos con las formas más infelices de nuestra existencia histórica? Esta gran civilización occidental, creadora de maravillas que gozamos, no ha logrado, ciertamente, producirlas sin su contraparte. Tal como en su obra más conocida, en la que se desarrollan arquitecturas de una complejidad desconocida, el orden y la armonía de occidente exigen la eliminación de una masa inconmensurable de subproductos nocivos, que infectan desde hace ya tiempo nuestra Tierra. Lo que ustedes nos muestran en primera instancia, ¡oh viajes!, es nuestra inmundicia arrojada en el rostro de la humanidad. (Lévi-Strauss 36)

Este persistente embrujo en ojos europeos de las viejas expediciones y exploraciones, cuyo brillo pasado los *Tristes trópicos* no se cansan de evocar aunque sea una última vez, abrió paso, apenas superada la Segunda Guerra Mundial y en vísperas de la cuarta fase de la globalización acelerada, a un horror, desatado por todas aquellas destrucciones que a escala global habían aprehendido a los mundos de islas de los trópicos así como a continentes enteros. Por lo mismo, no sorprende que en *Tristes Tropiques*, libro publicado en 1955, Claude Lévi-Strauss dé cuenta de sus estadías en Brasil entre los años 1934 y 1939, rastreando además las figuras y figuras de los trópicos a través de los viajes y movimientos concretos de la figura de su narrador. En la primera parte del libro, subtítulo significativamente “El fin de los viajes” (*La fin des voyages*), se encuentra bajo el título “La Partida” un *incipit* memorable:

Odio los viajes y los exploradores. Y sin embargo, aquí estoy a punto de narrar mis experiencias. ¡Pero cuánto tiempo necesité para convencerme! Quince años han pasado desde que dejé por última vez el Brasil, y a lo largo de todos estos años me propuse varias veces empezar este libro, y, cada vez, una cierta vergüenza y repulsión me lo impedían. (Lévi-Strauss 9)

Este libro sobre los trópicos, en muchas ocasiones poéticamente condensado, oscila en constantes giros y cambios de dirección entre el escribir y el no-escribir, entre el viaje y el no-viaje, el gesto del descubrimiento y la consciente vergüenza sobre la propia complicidad con la destrucción a escala mundial ejercida por los europeos. Tristes se proponen estos trópicos mediante un estéticamente bien meditado juego de reflejos, en el cual la figura (retórica) del explorador europeo se reflejará sobre la de un rousseauniano etnólogo y explorador de los trópicos, el cual empieza a percibirse como el último eslabón de una larga cadena de exploradores, investigadores y destructores.

Para algunos lectores puede surgir aquí un malestar. ¿No es acaso un protagonista de la globalización, que ha participado en ella como viajero y científico, el que dismantela aquellos mitos que se han sostenido desde la primera fase de la globalización acelerada hasta la contemporaneidad de Lévi-Strauss? La rica abundancia (*Fülle*) de los trópicos destella en su diversidad de pueblos, condiciones de vida y culturas en el preciso instante en el que, por la destrucción realizada por los europeos, se vuelve una trampa (*Falle*) y parece concluir su trabajo: todo está condenado a la destrucción irrevocable, el fin de los trópicos es inminente. ¿No se vuelve aquí el estructuralista Claude Lévi-Strauss un deconstructivista *avant la lettre*?

No obstante, este *Nevermore* que impregna todas las páginas de este libro se rasga en un momento de esta relación de viajes al final de todos los viajes: una última vez se le ofrece al investigador del siglo XX aquella posibilidad inaudita, que muchos siglos antes se les ofreció tantas veces y tan impresionantemente a Colón y Juan de la Cosa, a Vespucio y Villegaignon, a Alvar Núñez Cabeza de Vaca o a Hans Staden:

No hay para los etnógrafos una perspectiva más excitante que aquella de ser el primer blanco que penetra en una comunidad indígena. Ya para 1938 esta suprema recompensa sólo se podía obtener en muy pocas regiones del mundo, tan escasas que podían contarse con los dedos de una mano. Desde entonces estas posibilidades se han reducido aún más. Por lo mismo, yo reviviré nuevamente la experiencia de los antiguos viajeros y a la vez, con ella, ese momento decisivo del pensamiento moderno en el que, gracias a los grandes descubrimientos, una humanidad que se creía completa y acabada recibió de golpe —como si fuera una contrarrevelación— el anuncio de que no estaba sola, de que era parte de un conjunto más vasto y que para conocerse debía primero contemplar su irreconocible imagen en ese espejo, desde el cual esa parte olvidada por siglos me lanzaría, sólo para mí, su primer y último reflejo. (Lévi-Strauss 387)

La experiencia de esta “aventura única y total que se ofrece a la humanidad” (Lévi-Strauss 82), se abre, bajo el signo de aquel proceso histórico y mundial que comienza con Colón, Juan de la Cosa, los hermanos Pinzón o Américo Vespucio, a un cuadro de destrucción total —en cierta medida, así como lo propuso de forma inolvidable para la memoria europea Las Casas en su *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*. Europa sabía lo que destruía, claro que sin reconocer que aquello nunca más iba a existir. El fin de los trópicos y sus habitantes fue por lo mismo también, desde principios del siglo XVI, un tropo del pensamiento y la escritura europeos: en el sentido de Hayden White, en la forma de la tragedia, con claros tránsitos hacia el apocalipsis. Los europeos experimentaron desde muy temprano a los trópicos como abundancia (*Fülle*), aunque sólo en la medida en que pudieron sentirlos a su vez como una trampa (*Falle*).

Bajo los fundamentos de este mismo mecanismo, es que en un pasaje decisivo de *Tristes Tropiques* será “descubierta” una última tribu aún no registrada por la civilización europea y al mismo tiempo “cubierta”, llevada a la desaparición: extinta para siempre. En la desaparición de los Tupi-Kawahib se pone en evidencia también el desastre de una sed europea por un saber, que no se dirige hacia un saber sobre la convivencia con los otros

y cuyo triunfo global, con todos los medios literarios a su disposición, se presentará como un fracaso global.⁵

Ya no son las carabelas, sino los aviones los que esbozan cartografías y coreografías, de las cuales trozo a trozo las selvas tropicales y bosques nativos de este planeta desaparecen: el rostro del mundo se deforma. Los trópicos del discurso señalan espacios planetarios, que no aparecen sólo bajo el signo de la abundancia (*Fülle*), sino también bajo el signo de una trampa (*Falle*) apocalíptica –un apocalipsis, que ciertamente no se refiere únicamente a los trópicos americanos, sino que comprende transtrópicamente al mundo de los trópicos en su totalidad. Una humanidad, que se cree en la abundancia de sus posibilidades, y que cae en la trampa, en su propia trampa.

De tal forma, América ya no puede comprenderse únicamente desde América. La figura del narrador en los *Tristes trópicos* de Lévi-Strauss nos muestra cómo, en el trasfondo de la destrucción de los trópicos americanos, asiáticos y africanos, es que los desarrollos en las regiones amazónicas sólo pueden comprenderse a partir de la dimensión global de los trópicos. Esto no representa un fenómeno nuevo. Ya en el siglo XVI, los poderes ibéricos habían construido infraestructuras mundiales que no sólo conectaban México con Europa de forma transatlántica a través del puerto de Veracruz y el Caribe, sino además transpacíficamente con el comercio asiático a través del puerto de Acapulco y las Filipinas (ver Gruzinski). Al inicio de la primera fase de la globalización acelerada, las colecciones europeas de relatos de viajes, como la muy influyente de Giovanni Ramusio, no se concentraban en continentes o regiones aislados, sino también contenían evidentemente, junto a los viajes en el Nuevo Mundo, relatos sobre los trópicos africanos y asiáticos.

Durante los siglos XIX y XX, los ordenes disciplinarios de nuestras ciencias –desde la antropología y la etnología, pasando por las humanidades, hasta las filologías– dejaron fuera del campo de interés estas relaciones y debido a sus especializaciones en áreas aisladas, las velaron y las llevaron a su desaparición. Sin duda, hoy es el momento de comprender –y no sólo en el campo de la climatología– los trópicos transtrópicamente, y de enfocar y perspectivizar nuevamente los *Area Studies*, que también serán importantes para el futuro, a través de los *TransArea Studies*. Al

⁵ En otra investigación sobre la segunda fase de la globalización acelerada ya he mostrado, cómo esta altamente problemática dimensión de la destrucción mediante un deseo de saber absoluto había sido identificada y condenada con toda claridad por Cornelius de Pauw (ver Ette, "Archeologies" 8-11).

mismo tiempo, las interpretaciones de la historia ancladas territorialmente se ampliarán y transformarán mediante formas, vectorialmente fundadas, de una historia de(s)de los movimientos (*Bewegungsgeschichte*). Porque ya no podemos obviar más un simple hecho: la(s) historia(s) y cultura(s) europea(s), sin la incorporación de procesos transareales, resulta(n) tan incomprendible(s) como el clima de Noruega sin la corriente del Golfo en los trópicos. Sólo en este sentido vectorial es que los archipiélagos de la visibilidad se dejan reunir con los nuevos y aún invisibles continentes (y continuidades).

La isla magnética en una Polinesia global

En su texto en prosa *La terre magnétique. Les errances de Rapa Nui, l'île de Pâques* (La tierra magnética. Las errancias de Rapa Nui, la Isla de Pascua), publicado por primera vez en noviembre de 2007 y que apareció dentro de la ya mencionada colección "Peuples de l'Eau" editada por el mismo autor, esbozó el poeta, teórico cultural y filósofo martiniqués Édouard Glissant la imagen literaria de una isla, que en distintos niveles – como ya lo anuncia el subtítulo de la obra – se presenta en inestable movimiento. Estas errancias de la Isla de Pascua, rodeada por el mar y bien adentrada en el Pacífico (desde la perspectiva americana), existen siempre bajo el signo de lo global, de un sistema de coordenadas que comprende al planeta entero, dentro del cual la isla se vuelve, en múltiples sentidos, un foco *delirante*, tanto como un punto de referencia de toda la tierra:

Las aves migratorias traen el huevo aquí, el primer huevo (que contiene el mundo) y que, una vez se han conquistado las corrientes marinas y el vértigo del aire, garantiza el poder para el año en curso. Asimismo, la sagrada piedra redonda, llamada *el ombligo del mundo*, toma la forma aproximada de un huevo, ella está pulida y hecha de una materia que no se halla en otros lados de la isla, y se encuentra a orillas del mar y no en el centro de la tierra. Ella está en la confluencia de los vientos y de las corrientes. (Glissant, *La terre* 39)

¿Posee acaso el mundo un centro oculto? Sospechar en este pasaje el retorno a un pensamiento que desea centrarlo todo y a todos, sería una profunda incompreensión del teórico de la cultura de la *Poétique de la Relation*, quien durante varias décadas se enfrentó vehementemente contra las estructuras. Este "ombligo del mundo", del cual nos enteramos al inicio que peregrinos japoneses vienen a buscar y a adorar desde muy lejos del Pacífico

(ver Glissant, *La terre* 17), constituye para Glissant, en efecto, un punto de cruce de todas las confluencias acuáticas, aéreas y terrestres; la piedra anuda una red de relaciones planetaria de los cuatro elementos, que emerge en una posición descentrada entre las corrientes aéreas y marítimas a orillas de la tierra magnética de la Isla de Pascua y con la que se entreteje un viejo mito y por el cual las aves migratorias habrían traído el huevo que contiene el mundo aquí, a esta isla. Rapa Nui, la Isla de Pascua, el ombligo del mundo, el huevo se generan a partir de todos los movimientos que cruzan esta isla.

Sin embargo, Rapa Nui no constituye ningún centro superior ante el cual todo el resto sería simplemente periferia. La isla se encuentra muy retirada en el mar. A la vez, desde el principio el texto lírico y en muchos sentidos fragmentario de Édouard Glissant no deja lugar a dudas: esta tierra está vinculada y entrelazada de la forma más íntima con todo el mundo, con toda la tierra. La Isla de Pascua es *un* punto central —aunque en la forma de un punto de intersección sin jerarquías, sin periferias, sin histerias centralizadoras.

Los caminos de la isla como embarcación a la deriva, sólo conocidos por las aves migratorias y no por los seres humanos, hacen que la isla sea *simultáneamente* duración y tránsito, permanencia y fuga: “La isla es efímera y está perdida.” (Glissant, *La terre* 42) En esta constancia fugitiva, que es sin duda también la de la literatura y de la escritura, se inscriben los movimientos tectónicos de la isla así como las imaginaciones y fantasías de sus habitantes:

La isla se desplaza, cuántos centímetros por año, nadie lo sabe, y así quizás conocerá el destino de las tierras archipiélicas, desgarradas, un día que tampoco nadie sabe, en los inevitables frotamientos de las placas en el fondo, y el imaginario de los pascuenses navega en el espacio del Pacífico y bajo la luna del gran triángulo, en busca del habla perdida. Es casi cierto. (Glissant, *La terre* 48-49)

Esta cuasi-certeza, este *presque vrai* de la literatura, retoma los movimientos de la isla y de sus habitantes y les regresa a ambos aquella “habla perdida”, sea cuándo sea, sea dónde sea que la isla se hunda en el mar. Su forma triangular (sin duda provista con el atributo del ojo divino) reproduce la forma del triángulo de todo el archipiélago polinesio y constituye así una muestra fractal de una isla, que es una isla de las islas:

El triángulo abierto es el triángulo polinesio, que marca en uno de sus ángulos este otro triángulo, el más lejano y el más solitario de todos, que cierra el

conjunto y que sostiene toda esta superficie: la tierra magnética. (Glissant, *La terre* 48)

En esta forma triangular, que en la iconografía cristiana representa la presencia de la divinidad, pero que también podría ser el triángulo en el centro de un cuerpo humano, se figura y objetiva una *teoría del paisaje*, la que en el marco de aquella tradición que marcó desde temprano el espacio del Caribe, resulta sin dudas una teoría a escala global. El (vivo) triángulo de Rapa Nui en el triángulo del archipiélago polinesio⁶ constituye la configuración fractal no sólo del paisaje insular del Pacífico, sino que contiene al mismo tiempo, en las relaciones entre la isla y los huevos traídos por las aves migratorias, aquel ombligo del mundo, que puede pensarse a partir de la redondez de la tierra y repensarse en sus dimensiones globales. Por una parte, la Isla de Pascua es ya de suyo un mundo-isla (*Insel-Welt*), que representa en sí mismo un mundo cerrado, con su propio espacio, su propio tiempo y, en consecuencia, sus propios patrones de movimiento. Como ninguna otra isla en este planeta –tal como se acentúa al inicio del volúmen– Isla de Pascua está separada de otras costas, de otras tierras por distancias enormes y por lo mismo está *aislada* (ver Glissant, *La terre* 10).

Esta es una realidad que en la representación de la génesis del texto también se pone conscientemente en escena a través del hecho de que al poeta en su avanzada edad le era imposible realizar un viaje tan lejano y tan esforzado a la Isla de Pascua. Así, en lugar de Édouard Glissant, fue su compañera Sylvie Séma la que emprendió el viaje con la tarea de proveer al autor de este poético relato de viajes, mediante notas y bosquejos, mediante testimonios y dibujos, los fundamentos para una escritura que renuncia a la certificación de lo visto y lo vivido, para construir literariamente este mundo desde otro lugar de la escritura. *Une île peut en cacher une autre*.

La tierra magnética es, en consecuencia, un relato de viajes que no descansa en el viaje del escritor. Las funciones del viajero se separan en su mayor parte de las del escritor y así los fundamentos del género del relato de viajes son rescindidos, en el momento en que el que escribe recurre a los informes de un viajero –para él, por supuesto, familiar– tanto como a otros testimonios que están a su disposición. Aquello hallado por Sylvie Séma, la representante del viajero en la Isla de Pascua, junto a lo inventado por él en el escritorio en casa, se volverá algo producido en conjunto y más aún, vivido en conjunto. Esto no impide reconocer que el texto se reviste a su

⁶ Sobre los problemas específicos de Rapa Nui en su intersección entre diferentes historias y proyecciones insulares, ver McCall.

vez con una dimensión verdaderamente testamentaria, en la medida que el escritor desde la perspectiva del viajero se acerca a un “otro mundo”, como si quisiera comentar los caminos del viajero desde un más allá y acompañarlo con su habla literaria —aquella habla alguna vez perdida y en cuya búsqueda partió la isla. La muerte del autor pocos años después hizo manifiesta esta dimensión particular del texto y por lo tanto, legible.

Por otro lado, esta isla extremadamente aislada en su geografía y que constituye su propio mundo, no es sólo un mundo-isla (*Insel-Welt*) cerrado en sí mismo, sino a su vez un mundo de islas (*Inselwelt*), en la medida en que en ella se anuda y sobrepone un completo mundo de islas. Así se crean en la pequeña isla de Rapa Nui los cuatro elementos: con sus volcanes el fuego y la tierra, en sus corrientes marinas y aéreas el aire y el agua; aunque también, en los movimientos de las placas tectónicas así como en el del magma ardiente, enlazado con el cinturón de fuego del Pacífico, se crea un lugar móvil y de tránsitos (*Bewegungs-Ort*) de las confluencias planetarias más diversas, en el que un mundo de islas se configura a sí mismo siempre de forma renovada.

Rapa Nui se transforma en este sentido, como multiplicación fractal de lo insular, en una *isla isla*,⁷ en la que no sólo se entrecruzan e intersecan las diversas islas polinesias, sino además en la que la multiforme hechura de esta (poli-)isla a partir de otras islas se multiplica al punto de que la isla viajada por la compañera del narrador es puesta por escrito por el narrador mismo desde otras islas —sean éstas las Antillas o la *Île-de-France*— y enlazada así globalmente. El mundo entero en una isla que es el mundo entero, sin ser ni querer ser su centro.

Esta perspectiva relacional y transarchipiélica, que se desarrolla una y otra vez entre la Isla de Pascua y las Antillas, impregna la prosa poética y poetológica de Édouard Glissant y se vincula sin duda con su famosa “Poética de la relación”, la que él en un principio había desarrollado de forma interarchipiélica a partir de las Antillas antes de ampliarla hemisféricamente al continente americano completo. En la teoría propuesta en 1981 en *Le Discours antillais* y luego desarrollada en 1990 en *Poétique de la Relation*, aguzada en un diálogo crítico con ideas claramente centralizantes, como las formuladas por Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant en su muy atendido, aunque también sobrevalorado *Éloge de la créolité* de 1989,⁸ no dejan lugar a dudas que la concepción espacial de las

⁷ Para el concepto de la *isla isla* ver el séptimo capítulo en Ette, *ZusammenLebensWis-sen* (251-301).

⁸ Al respecto ver también Ette, *Literatur* (capítulo 11).

Antillas que ofrece Glissant estaba concebida tanto relacional como hemisféricamente. El concepto de las Antillas de Glissant como “multi-relación” no hay que comprenderlo como manchas de tierra desparramadas en un “mar de los EE.UU”, sino como las que construyen un “estuario de las Américas” (Glissant, *Le Discours* 249). Es como si Édouard Glissant hubiera emprendido el exigente intento de proyectar aquel paisaje de José Lezama Lima como un paisaje de la teoría, en el que todo tiene que estar siempre en movimiento, *forma en devenir*, y no puede cuajar en una forma definida (ver Lezama Lima 9).

La visión hemisférica se extiende en *La tierra magnética* hacia una dinámica transarchipiélica, cuya relacionalidad se distiende ahora de forma global, englobando también al continente americano: una polinesia, una tierra de múltiples islas a escala global. Esto lo muestra el siguiente microtexto, ubicado en un lugar central del libro, con sus dimensiones macrogeográficas y con la mayor precisión posible:

Rapa Nui es depositaria de lo único y de lo común, estas fuerzas que han portado los pueblos del Pacífico y de la América del Sur. [...] Papa Kiko canta un planto quechua del altiplano andino y baila aproximadamente al ritmo del tambor un paso de Vanuatu, con profundidad total. Perú perfecciona la recolección de la basura, a pesar de sus desbordes incesantes. El cuerpo-isla de la isla está en ellos, sus secretos se han asentado circulando en las venas de los volcanes de sus habitantes, inseparables. Porque la isla está tan lejos de toda medida y de todo cálculo y de toda mirada y de toda aproximación, yace para siempre en *el ángulo de altura*, que ha favorecido con sus dones a los archipiélagos reunidos allá abajo. (Glissant, *La terre* 92)

Los lazos de este mundo-isla (*Insel-Welt*), aparentemente aislado por las enormes distancias, con los mundos de islas (*Inselwelt*) de los archipiélagos, pero también con los Andes de la América continental hacen emerger un mundo que, en la perspectiva desde la altura como desde la perspectiva del creador, resalta la relacionalidad móvil y dinámica de un planeta, en el que los cantos de culturas espacialmente distanciadas entre sí se vuelven audibles desde distintos puntos, aunque sin fundirse entre ellos. La patente disposición transcultural de esta orquestación polifónica del Pacífico y América dinamiza una modelación transareal a escala global. Del mundo-isla (*Insel-Welt*) y del mundo de islas (*Inselwelt*) de la Isla de Pascua es que los archipiélagos y continentes enlazados de forma planetaria –y esto inaugura una verdadera dimensión pascual– se vuelven nuevamente comprensibles, nuevamente vivenciables y nuevamente vivibles.